

FACE (Holanda), la «implementación conjunta» y los eucaliptos

J. Martínez Alier

La fundación FACE (Forest Absorption of Carbon Dioxide Emissions) se constituyó en Arnhem, Holanda, hace pocos años, y la forman las compañías eléctricas holandesas (SEP). En su consejo de administración está un ex-ministro del medio ambiente de Holanda, E. H. T. M. Nijpels, y representantes de diversos ministerios, a la vez que representantes de la industria eléctrica. Tiene pues un carácter semi-oficial. Su tarea es encontrar proyectos en el mundo que puedan incluirse en el paraguas de la «implementación conjunta» —tras el año 2000— de manera que la reducción de emisiones de dióxido de carbono en esos proyectos pueda acreditarse a la cuenta de emisiones de dióxido de carbono de Holanda. Los proyectos pueden ser, por ejemplo, la mejora de una central de carbón en Polonia u otro país, de tal manera que puedan producirse los mismos kilowatts-hora que antes con menor uso de combustible y por tanto con menores emisiones de dióxido de carbono. Holanda (o Alemania o quien sea) paga esa mejora tecnológica, y la disminución de emisiones se acredita a la cuenta de Holanda (Alemania o quien sea). Hasta aquí, todo muy lindo.

Entre los métodos para reducir el aumento de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera, está el aumentar el dióxido de carbono capturado o «secuestrado» por la nueva vegetación. De ahí la idea de plantar árboles en lugares donde hay más espacio y la tierra es más barata y la gente más pobre que en Holanda, para capturar el dióxido de carbono producido por las centrales termo-eléctricas holandesas. Simpática idea.

Así FACE está desarrollando proyectos de reforestación en diversos países, entre ellos Ecuador donde el proyecto PROFAFOR (entre FACE e INEFAN, la agencia ambiental de Ecuador) consiste en plantar 75.000 hectáreas de eucaliptos.

El informe anual de 1995 de FACE asegura que ese programa en los Andes ecuatorianos, PROFAFOR (programa FACE de forestación), es bueno para todos. Según FACE, en las alturas entre los 2.400 y 3.500 metros «la agricultura ya no es posible y la ganadería no es tan rentable» —una opinión sorprendente, pero tal vez no pueda esperarse una gran competencia en agricultura andina y en general en agricultura tropical de montaña, en una fundación holandesa.

Aunque FACE recomienda en principio usar especies nativas para la forestación, en este caso, debido a la ignorancia de la gente que ya no conoce las especies nativas de lento crecimiento, es mejor usar el eucalipto y el pino. Se asegura que el eucalipto será usado sobre todo en la construcción (en todos los Andes el eucalipto es un útil material de construcción), pero se usará seguramente para exportación y para pasta de papel. Eso quiere decir que esos eucaliptos no tendrán larga vida como depósitos de carbono.

En cualquier caso, ese ejemplo de «implementación conjunta» (aún no contabilizado en las cuentas holandesas, aunque esa es su pretensión) plantea, al igual que otros en el mundo en los últimos dos o tres años, las siguientes cuestiones. La «implementación conjunta» es elogiada, desde el Norte, en términos de «costo-efectividad» pues es más barato colocar dióxido de carbono en la vegetación creciente en países del Sur que reducir las emisiones de dióxido de carbono en el Norte. Ciertamente, si no fuera por la absorción del dióxido de carbono producido por los humanos en los sumideros naturales —es decir, la nueva vegetación y los océanos—, el aumento del efecto invernadero sería mayor. Aproximadamente la mitad del dióxido de carbono producido por los humanos al quemar combustibles fósiles no se acumula en la atmósfera sino que es

FACE, la «Implementación conjunta» y los eucaliptos

colocado gratis en esos sumideros «naturales», la nueva vegetación y los océanos. Los ricos actúan por tanto como si fueran propietarios de una parte desproporcionada de la capacidad de absorción de dióxido de carbono por la nueva vegetación o en los océanos. El resto, lo vierten en la atmósfera, como si también tuvieran la propiedad de la atmósfera, además de ser propietarios de los océanos y de la nueva vegetación.

El permitir que las emisiones de dióxido de carbono de los países más ricos continúen como hasta ahora o incluso crezcan hasta que la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera llegue a 500 partes por millón o a 600 ppm., como desde el Norte se está diciendo, es una tremenda injusticia, que no se soluciona sino que se agrava comprando baratos algunos sumideros adicionales en la forma de plantaciones de eucaliptos. De hecho, la «implementación conjunta», es decir, el «exportar» dióxido de carbono a unos sumideros distantes más allá del propio espacio ambiental, hace mucho tiempo que se practica gratuitamente. Lo que ahora se propone es que, en algunos casos que abarcan una fracción diminuta del exceso de emisiones de dióxido de carbono, se pagará por el uso de uno de los sumideros «naturales», la nueva vegetación. Por lo tanto, esos ejemplos de forestación (como el de FACE en Ecuador) que pueden sorprender o escandalizar por su cinismo, dan la

oportunidad de poner en la mesa de negociaciones o en la mesa de reclamaciones la cuestión de los Derechos de Propiedad sobre los servicios de absorción de dióxido de carbono proporcionados gratuitamente hasta ahora por los océanos y la nueva vegetación, y también permiten discutir de quién es la atmósfera, si del primero que la ocupa o de todos por igual. Además, esos ejemplos de «implementación conjunta» también ponen en el orden del día la reclamación de la Deuda Ecológica que el Norte debe al Sur a cuenta de esos servicios ambientales gratuitos. Los acreedores de la Deuda Ecológica pueden dar un estímulo y una urgencia a las negociaciones sobre cambio climático al reclamar con fuerza esa Deuda Ecológica, que existe aunque sea de difícil cuantificación monetaria. En efecto, es sorprendente que desde Holanda se pueda comprar el derecho de absorción de dióxido de carbono en este caso (¿pintarán el CO₂ holandés de verde, para que pueda ser identificado?) y que toda la absorción por la nueva vegetación o en los océanos haya sido y sea aún gratuita, y que verter dióxido de carbono en la atmósfera no cueste nada. El principio de «el contaminador, paga» debería aplicarse en general, no solo para pequeños y discutibles experimentos de plantaciones de eucaliptos —un árbol poco amigo de la biodiversidad, sea dicho de paso.

